

SOBRE LA CITA

Hilvanar algunas ideas en torno al poder y contingencia de la palabra diferida, concebida como cita que encarna en la nueva temporalidad que le ofrecemos dentro de distintos escritos, puede tener mucho sentido en un tiempo que crea fenómenos proclives a su glorificación o malversación, o a una no menos sintomática y preocupante abstinencia. Los materiales que constituyen el aparato de citas y citaciones de un artículo, memoria o libro, al margen de otros usos, son lo que entendemos como la maquinaria científica que debe acompañar los estudios de investigación, capaces de crear arquitecturas textuales y visuales complejas. Las citas tienen capacidad para registrar perspectivas, opiniones, razones, verificaciones, avales o confirmaciones, materiales visuales y documentales, escritos u orales, que hacen memoria de la existencia de las fuentes de información e involucran y manejan investigaciones antiguas o paralelas.

Convenimos que no es lógico hacer «tabula rasa» de los puntos de vista precedentes y, por tanto, aceptamos que es necesario revisar los materiales dedicados a un tema específico para aportar algo al mismo. Sin embargo, no es muy razonable aparentar exhaustividad cuando citamos y parece adecuado tener conciencia de las fronteras que no cruzaremos para reconocer la extensión de la investigación que pretendemos realizar. El valor y la osadía, la empatía y la ambición puestas en nuestro encuentro de selecciones tienen fronteras y, por extensión, las tienen también los estudios que consultamos o decidimos consultar. Ni lo podemos citar todo ni tampoco es necesario, es evidente. Cayendo en la hipérbole, la lógica de la exhaustividad invita a reproducir artículos o libros enteros para abrigar el pensamiento íntegro de un autor o no caer en la temida descontextualización, morada para los problemas interpretativos y causa de malentendidos. Con este peso cargado a las espaldas costaría avanzar y optamos por

escoger y extraer lo que consideramos más significativo o aquello que nos hará mejor servicio.

Para acertar con la cita, más allá de tener claros el alcance y el porqué de las menciones —calidad e intensidad genéricas—, es imprescindible medir bien la distancia que separa un hallazgo real de un lugar común. Cuando un autor es recordado por observaciones banales, o ya consensuadas, como si se tratara de algo nuevo y relevante, no hay duda de que caemos en una trampa que supera el mal uso del aparato científico, sobre todo si con este hábito se oculta una aportación fundamental. La cita bibliográfica sitúa un cierto nivel de autoría asociada a un marco de publicación, pero supone también su admisión supervisada o revisada dentro de un nuevo contexto. Normalmente citamos instrumentos documentales o contenidos que juzgamos pertinente recordar y atribuir, con el reconocimiento que ello supone a una tarea de investigación hermana a unas ideas y opiniones específicas. Las citas bien planteadas son una garantía para nosotros y para los que nos leerán, que pueden así analizar la lógica aplicada, el antes y el después, a partir de la proposición organizada de los contenidos, pero mal usadas contribuirán a hacer crecer telarañas y confusiones. Es aconsejable no menospreciar las coincidencias, sobre todo cuando no tenemos la seguridad absoluta sobre los orígenes y modos de propagación de alguna de las ideas más estimulantes. A veces se diría que flotan en el ambiente durante décadas hasta que maduran y pueden ser acogidas por más de un investigador.

Si pensamos ahora en la forma de presentar las citas, más allá de las citas literales de un texto que pondremos entre comillas, está claro que enunciar o parafrasear las fuentes, prescindiendo de las palabras exactas, palabra por palabra, es una posibilidad bien aceptada. En este sentido, si la nota bibliográfica es obligada cuando introducimos citas que reproducen literalmente la fuente, esta es tanto o más forzosa para la cita descrita como glosa o síntesis sobre las ideas de terceros. La caución procedimental que supone el uso de la cita genera transparencia, aunque sea superflua si nos referimos a un lugar común. Ofrece certeza, no sobre la veracidad de lo que se dice, que puede ser exacto o inexacto, sino por ser una fórmula o mecanismo de seguridad que acompaña la aplicabilidad, la dimensión tangible y la tutela, los límites y las virtudes de la contribución citada. Nos concede una clave primera sobre la exactitud del recurso aludido a partir de una versión publicada, que siempre puede tener algo de fortuito, pero es accesible. En este espacio la cita cobra una deriva que es básica para verificar su prominencia retroactivamente. Más allá de la autoría o del reconocimiento a la fuente, es importante para asentar la reconstrucción del proceso de investigación. Hace posible regresar al inicio o recapitular.

Las citas textuales, o recuerdos de fragmentos literales de un texto, pueden utilizarse para enmarcar, para apoyar una idea o, alternativamente, para inaugurar un debate. El eco sobre una posición contraria a la nuestra, o a la defendida por otras investigaciones, opondrá corrientes de la investigación diversas. A menudo también cuentan la afección y la contingencia particular, que busca destacar la aportación propia o hacer algo en su defensa. Por consiguiente, cae por su propio peso que la citación incluye una serie de intenciones. Persiste una voluntad de ejercer conforme a un objetivo que es permeable en la glosa de las aportaciones que han originado el estudio sobre una temática que nos interesa. Es raro en nuestro campo, pero no del todo insólito, que alguien quiera poner el punto y final a un tema o temática. En todo caso, sea para inaugurar un estudio, para darle continuidad o para intentar clausurar un debate, requerimos de nuevas hipótesis para establecer diálogos con el pasado de la materia, a partir de ellas buscamos motivos y hallazgos que facilitarán remover alguna o algunas cuestiones. Las observaciones relacionadas con las citas bibliográficas alimentan oportunamente —en algún caso también inoportunamente—, una estructura que presupone idas y venidas, encuentros y desencuentros, acuerdos y litigios. La neutralidad acostumbra a ser más sumaria, fría o poco reveladora, pero se consiente para evidenciar que el tema ha sido tratado o que existe un sustrato que permite ampliar lo que decimos. De hecho, la cita es una especie de altavoz que puede conllevar asentimiento o indiferencia o, incluso, un desconocimiento que procura un falso sentido de imparcialidad. En definitiva y aunque no siempre haya que ir a los extremos, los contenidos de las citas se estiran o se desdoblan cuando se busca incorporarlo todo, o casi todo, o se estrechan cuando se desea hacer lucir solo lo que se supone esencial.

El actual sistema de evaluación de la calidad científica ha remarcado ya desde hace mucho la importancia de las bibliometrías a partir de la elección de publicaciones marco, sean periódicas o no. A veces no se tendrá constancia de porqué, de cómo y de cuándo, y no se habrá calibrado la eficacia, relevancia específica y contenido exacto de cada citación —una tarea que tacharía de imposible si tiene que ser sistemática en el campo de las humanidades—. Las plataformas más conocidas suman citas creando jerarquías de obras académicas más o menos citadas y hasta envían felicitaciones a los integrados en el sistema cuando detectan o cuantifican nuevas menciones de sus producciones. No digo que este criterio evaluador se haya aplicado universal y ciegamente, pero se introdujo de manera sigilosa para ser reclamado como factor arbitral imprescindible de un sistema de valoración que, a pesar de ser, como sabemos, bastante incierto, insatisfactorio y cuestionable, distingue entre trabajos híper, mucho, bastante, poco o

nada citados. Este balance es numérico y, por consiguiente, siempre demasiado superficial ya que en pocas ocasiones se para a señalar la profundidad de las aportaciones reales, después de hacer un análisis del carácter, valor objetivo, dificultad y especificidad de los temas estudiados y de los resultados obtenidos. Siguiendo esta vía ha parecido primordial juzgar la capacidad de repercutir de los estudios según criterios de *impacto*, un concepto milimetrado a menudo en función del número total de citas en un momento dado, que se cuantifica adoptando unas leyes mejor o peor establecidas. Frente a estos indicativos no queda sino reivindicar la valía de la cita verificada, contrastada y argumentada, que se gobierna dentro de la jerarquía del conocimiento. Hay que evitar definirla como un «me gusta» que, inestable y ambiguo, implica selecciones que pueden ser requeridas, adecuadas o muy poco pertinentes. Sabemos que con frecuencia también son alusiones colaterales o subalternas. Ni son imprescindibles —que no significa que siempre debamos prescindir de ellas—, ni se encuentran universalmente vinculadas a las ideas o temas debatidos. El término *impacto* ya de por sí parecía abocarnos a chocar con algo, a hacernos alguna herida, dado que encuentra sinónimos en el golpe, la colisión o la embestida. En todo caso, no quiero prescindir de la parte metafórica de un término, quizás ya demasiado perfectamente integrado, y puedo entender el éxito proporcional del mismo, por más que siga pensando que habría sido más satisfactorio pensar primeramente en un estímulo, o ánimo dinamizador de los estudios, que en una acometida violenta que queda en exceso centrifugada, por más que la cuantificación intente concentrarla en una evanescente sustancialidad cualitativa, que ha refrendado una presunta mayoría. Se puede argüir que otras palabras quizás no habrían expresado tan nítidamente la avidez de trascendencia que urgía hacer patente, pero a veces los matices forjan los procesos y, no hay duda, de que las condiciones creadas se revelan en las palabras que escuchamos. Impacto no debería imperar sobre conciencia, cognición, saber, sentido, argumentación, razonamiento... La cantidad puede medirse o armonizarse con ese golpear curioso que hace tamborilear coeficientes de inteligencia selectiva sin omitir que el azar o las leyes de la entropía han jugado también sus cartas.

Volviendo a las citas, es adecuado pararse a pensar en las debilidades de unos puntos de vista que buscan la lógica de la evaluación científica en función de índices cuantificadores que, partiendo de listados, señalan la cantidad de selecciones operativas realizadas por los investigadores dentro de un sistema que se desea preestablecido y queda fajado. Todo sistema tiene desniveles y carencias y está bien claro que no todas las citas son iguales ni tienen intenciones idénticas. Por otra parte, el tiempo, a menudo parsimonioso, requerido para llegar a alcanzar un umbral aceptable

de citas, reconocidas o eficientes, lleva a situaciones injustas, oscilantes e imprevistos. Quedan al margen los casos que tienen detrás campañas de publicidad, plataformas grandes o necesidades estrictamente perentorias como las derivadas de algunos usos y aplicaciones científicos que nos deben resolver muchas cosas desde campos como la medicina, la física o la química, entre otros. Los umbrales no son universales y discriminarlos orientándose con filtros puestos por otras ciencias, como se ha repetido tantas veces, acaba siendo nefasto para los estudios de las humanidades y para sus dinámicas investigadoras e inventivas.

Remitir a los estudios precedentes, como advertía, es consecuente y necesario. La deuda con los trabajos anteriores la podemos compensar citando tanto las contribuciones que avalan temas de fondo como las referidas a cuestiones más anecdóticas. Si la cita puede ayudarnos a evitar recorrer de nuevo caminos erróneos sitúa también el horizonte desde el que repensar o corroborar las ideas propias. El fluido transparente de las aportaciones reales nutrirá, al fin, el caudal de los conocimientos generales. En este vértice, recobrar los discursos previos hace posible entender la evolución de pensamiento sobre un tema y permite construir lo que se denomina «estado de la cuestión». Un «estado del arte», según la traducción literal de la expresión inglesa *state of the art* que, aplicada a los estudios sobre el arte, resulta algo chocante, tanto por la ambivalencia del término *arte* como por la amplia significación que se le adjudica. Sorprende que otras disciplinas se apropien del concepto para delimitar su «estado del arte» a partir de una dimensión expandida del concepto, que evoca una habilidad general, *savoir faire* o competencia, que nos descubre la condición o circunstancia transitoria de alguno de los saberes a partir de una serie de citas y referencias ordenadas y convenientemente jerarquizadas. Así se justifica la aplicación universal del término que adopta antiguas visiones, referidas al pensamiento de Aristóteles, o nos recuerda que las llamadas *artes* tienen un sentido muy genérico cuando terminan por convertirse en marcos disciplinarios surtidos que caracterizan unas «artes liberales» frente a unas «artes mecánicas» en el periodo medieval.

Más allá de algunas suspicacias iniciales, podríamos asumir la convención —el descriptor ensanchado—, haciéndola equivalente a un «estado de la cuestión», pensando que aludiendo al *state of the art* se quiere hacer referencia a la historia del tema y al grueso de las contribuciones que se han amontonado a lo largo del tiempo y que son susceptibles de ser discriminadas, decidamos que son dignas de cita obligada o de olvido aconsejable. En el terreno de las humanidades tenemos claro que los antiguos trabajos no son sistemáticamente suplantados por los nuevos. No se abandonan porque, por más antigua que sea una aportación, puede ser valiosa en sí

misma o contener la clave que buscábamos. No hay que insistir, pues, en que los «clásicos», o los clásicos de nuestros campos específicos, siguen siendo en buena medida aquellos que se mantienen iluminados por los focos encendidos por nuestro interés. Si indagamos un poco más sobre el anglicismo «estado del arte» descubrimos que el razonamiento que acabamos de hacer no se adapta del todo a su sentido. Lo que se desea hacer aparente a partir de la expresión *state of the art* delimita generalmente aquello que obedece al último grito o a lo más avanzado, que se consagra al ocupar la vanguardia de una determinada área de la investigación. Una idea de progreso y avance sostenido que, en el terreno de la tecnología, implica las tecnologías punta, todo lo que será apreciado por ser lo más sofisticado y gozar de características aplicables a una serie de productos susceptibles de venderse mejor por el hecho de ser potencialmente superiores a sus antepasados, considerados obsoletos.

Por suerte, por accidentalidad temática o por contundencia de unos criterios argumentales muy ramificados, sabemos que nuestra literatura científica no acabará desechada tan fácilmente. No muta de la vanguardia a la obsolescencia de la noche al día. Por más exprimido que parezca un trabajo siempre puede quedar un dato a revisar, un indicio o una opinión que se puede hacer valer. Lo mismo hay que decir cuando se trata de un repertorio documental o de un despliegue metódico de contenidos que tendrán valor permanente, no digo inmutable, porque han sido movilizados para construir una mirada sólida sobre algún gran tema. La cita crítica también debe señalar el espejismo o la falacia en lo último que se publica para garantizar el equilibrio razonado y revisable sobre lo viejo y lo nuevo, al margen de la temporalidad del escrito o, paradójicamente, por el hecho de contemplarla. No hay que menospreciar los estudios precedentes para admitir que en algunos casos el último que se dice puede tener su peso, aquel que se clarifica cuando es examinado con la perspectiva suficiente. Algunas cosas son difíciles de superar por más tecnología que se aplique a mejorarlas. En función del uso y la función a cubrir, también hay tecnologías que no nos mejoran la vida, más bien la trastocan, la patentan o la controlan. Este es un problema diverso al que tratamos ahora y que, sobre la deslizante superficie de la obsolescencia programada, nos deja un mundo que ya se lamenta y padece por todo ello.

Nuestro espacio para hacer hallazgos se mueve sobre una arena fina y gelificada, que nos exige un equipamiento mental, unas bases, y un trabajo de elaboración calculado para conseguir unos objetivos que están ahí, pero pueden moverse. Ya sabemos que algunos fangos acaban conformando arenas movedizas: fagocitadoras de todo lo que reciben. Sujetos a nuestras temporalidades inestables e imperfectas, es fundamental reivindicar la lite-

ratura sobre el arte como literatura científica al mismo tiempo que descubrimos ciertos niveles de creatividad que ninguna de las ciencias activas han dejado nunca de reivindicar. Caer en historicismos ingenuos o acumular información por acumularla no es lo idóneo, pero quede claro que no estoy diciendo que lo sea, en el otro extremo, levantar cortinas de humo o levitar sin cimentación, o desacreditar el trabajo de investigación básica, sea por la vía exploratoria de los monumentos o de los documentos, o por la vía de la fundamentación teórica. En definitiva, la investigación y la cita implican religar la teoría con la práctica, las ideas con los objetos y los objetos y manifestaciones del arte, sean más materiales o más conceptuales, con su temporalidad.

En estas líneas de presentación de un nuevo volumen de la revista *Matèria* se que no puedo amasar todas las variables que se adaptan al tema de la cita. Las componentes locales o universales (o internacionales) que planean sobre el estudio de un retablo o de un virus no pasarán desapercibidas y parece evidente que no tienen que coincidir a toda costa. Citas y más citas serían exigibles para apreciar dónde estamos realmente. Desgraciadamente no puedo introducir las en este formato breve e introductorio que solo pretende evocar la necesidad de un debate que quizás tenemos aún pendiente tanto por el flanco de las evaluaciones de nuestros materiales de investigación como por otros que quizás tengan aún una mayor trascendencia y que no son indiferentes a las primeras. Las inercias que nos obligan a renunciar a la especificidad no nos han hecho ni nos hacen favor. Es más, para asumir programas de investigación basados en la interdisciplinariedad hay que reivindicar la distinción y el carácter propio de los estudios que realizamos. Este podría ser nuestro principal lugar común sumado a algunos otros. La cita tiene su diámetro y su circunferencia. Calificar algunos de nuestros trabajos por encima de otros en función de los encuadres que los divulgan o destacan, sea en función del contexto, de las parejas de baile o incluso del idioma utilizado, califica o fuerza nuestras trayectorias, pero no descubre el fondo de nuestras aportaciones. No es infrecuente que dentro de nuestros currículos se marginen investigaciones que deberían considerarse tanto o mucho más importantes que otras que son potenciadas por razones exógenas a sus objetivos y resultados reales. Lógicamente, los mecanismos o engranajes informáticos acríticos, que deciden en función de datos supuestamente objetivos, no siempre aciertan.

Por otro lado, el criterio de audiencia o lo que se ha llamado *el criterio de la mayoría* dentro de un panorama convulso y competitivo, presionado a menudo por múltiples factores que regentan las economías o, mejor dicho, un economicismo a menudo exterminador, no puede ser la panacea o un ideal sobre el que moldear el arte, la cultura o la ciencia, y aún menos ser-

vir para garantizar sus horizontes. Si pensamos matemáticamente debería tener sentido, después de sopesar el cúmulo de menciones recibidas, analizar también la cuantía de citas generadas y hacer un balance de escenarios, de intenciones y de intereses bien argumentado. Frente a la antigua idea de erudición, hay quien habla de patrones de consumo de información que quedan reflejados en nuestras citas. Es bien cierto que las citas, leídas correctamente, pueden generar muchos datos interesantes, pero no tiene mucho sentido cuantificarlos al margen de la calidad o prescindiendo de la interpretación. El valor específico no debería ser solo percibido a partir del continente, de la revista o del tipo de publicación en que comparecen las investigaciones. Estos son indicios que suman; no aspectos determinantes de la calidad de un estudio. Indexaciones, periodicidades, composiciones de los equipos y criterios editoriales, prestigio del editor o formas de divulgación abiertas o cerradas no llegan a nivelar la calidad científica de todos los trabajos publicados en una revista. Los gestores de las publicaciones o los responsables de las revisiones por pares pueden aplicar criterios similares y actuar con semejantes deseos, pero sabemos que raramente los evaluadores ejercen con niveles de exigencia idénticos. Está claro que puede ser positivo que un artículo sea muy citado pero la falta de impacto no tendría por qué ser un indicio para negarle calidad.

Sabemos que la necesidad de la audiencia, como la de ser mencionado, puede engendrar expectativas perversas y elecciones temáticas condicionadas. No pocas menciones son accesorias o no basadas en una necesidad radical. Se desvelan inercias que revelan una cierta costumbre y reiteración, presionadas también en busca de garantías que nos aseguren los aciertos. No hace falta decir que son varios los factores y compromisos con la materia que nos pueden condicionar en el momento de escoger cuánto citamos. Sin entrar en debates sobre la mano la fe, la negligencia o el desconocimiento que pueden lastrar todo tipo de estudios, no hará lo mismo quien piensa en términos minimalistas, restringiendo al máximo las citas, quien solamente cita lo que le ha sido útil, quién reviste la cita de un recorrido publicitario o quién, en lugar de procurar por miradas selectivas, tiende a la exhaustividad cuando no al exceso. Citar todo lo que se encuentra disponible no es lo mismo que nadar en la abundancia, ya que cada tema tiene su recorrido bibliográfico. Sostener un argumento esgrimido en una fuente consultada aleatoriamente tiene el peligro de citar para describir un lugar común sin darse cuenta. El equilibrio deseable es difícil de conseguir. Las decisiones sobre que hay que citar y cómo hacerlo —ante el alud de estudios que tenemos más al alcance que nunca— son cada vez más importantes.

En este apartado me parece fundamental distinguir muy claramente el error rutinario y sin ningún aval argumental que, por regla general, carente

de excepciones, considero eludible como materia regular de cita o alusión, de las hipótesis que pueden desconcertar pero que nos ayudan a adentrarnos en el corazón de un problema y provocan que aspiremos a resolverlo con una mirada nueva, ideas, razones o documentación alternativas. Por el contrario, no hay que buscar enemigos inexistentes para hacer propuestas novedosas. No hay que conjeturar sobre certezas e intenciones inconfesables de los autores o autoras que hacen propuestas diferentes a las nuestras, a partir de visiones subjetivas que son inútiles para la evolución del tema y que, como mucho, convierten a quien lo hace en psicólogo improvisado. No tiene mucho recorrido tergiversar la naturaleza continuista de nuestras conclusiones para potenciar un punto de vista que nos lleva a retroceder hasta un estado de la cuestión anterior. El defecto puede estar en el emisor, pero también en el receptor que lee mal o entre líneas, o adapta las reglas de juego a su propia partida o rutina. No deseo penetrar mucho en estos terrenos pantanosos, hace falta prudencia en todo momento para entender dónde estamos y qué buscamos, porque nunca sabes que es peor, si que te citen mal, manipulando tu discurso y tergiversando su perspectiva, o que no te citen. En todo caso, debe quedar dicho que las citas son registros que crean referentes y no es inútil insistir en que la cita gratuita o innecesaria, tolerada o justificable por diversas razones, no legitima ni da margen para ser negligente sobre la aportación real de un trabajo que conocemos. Aun así, todavía se puede dar una situación peor cuando la cita falsea la fuente o no es lo suficientemente exacta y nos hace decir lo que no decimos. Una cita lleva a otra cita y, como en el caso de la difamación, la bola puede crecer mucho. Ya sabemos que recuperar la idea original puede conllevar un esfuerzo titánico, cuando no infructuoso.

Más allá del uso plural y multiplicador que se pueda hacer de las citas, llenas de ventajas y no exentas de algunos puntos oscuros, lejos también de querer hacer ahora una antología sobre sus géneros o modos, me parece pertinente apreciarlos, no ignorar que se dan estilos y tipologías de citas textuales y bibliográficas en las que, teniendo en cuenta la larga tradición acumulada, no es fácil innovar realmente y con coherencia. Una distinción básica existe entre la nota como glosa o tesis desarrollada, que aprecia o devalúa lo que menciona muy detalladamente, o la nota despojada de argumentación, que avala con la cita aquello que aloja ni que solo sea por el hecho de acercarnos neutralmente a una publicación. Entre la primera y la segunda podemos interponer un buen número de escalones e intenciones.

El diálogo entre textos existe y, lo llamemos o no *intertextualidad*, no debería ser una manera de homogeneizar, allanar o igualar nuestros recursos en casillas o cajones prefabricados. No todo se basa en generar pirámides de citas ancladas en bifurcaciones que llevan a la causa genealógica

que, de reclamo en reclamo, no siempre calculados plenamente, puede derivar en el juego de los despropósitos. Es más interesante evaluar y sopesar porque unas determinadas palabras asociadas a afirmaciones, veredictos o conclusiones que citamos, y queremos citar con un cierto disfrute, son cruciales para hacernos avanzar y conectar neuronas. Así, algunas fuentes consiguen que de una idea pasemos a otra idea y extendamos nuevas ramas de análisis sobre el tronco de la investigación preexistente.

Este nuevo volumen de *Materia* desea añadirse una vez más al movimiento que generan las oleadas de nuestra disciplina con un conjunto de siete estudios que abarcan un panorama amplio de materias gracias a las aportaciones de Roberto Bartalini, Elena Muñoz Gómez, Josefina Planas Badenas, Víctor Ramírez Tur, Montserrat Torras Virgili, Antoni Gonzalo Carbó y Jaume Radigales. Dichos autores y autoras abarcan un abanico temático extenso y aportaciones que no me atrevería a afirmar que voy a reseñar en unas pocas líneas ya que el objetivo es tan solo presentar brevemente el contenido de este número 20 de la revista, correspondiente al año 2022. En primer lugar, la Siena del siglo XIV se convierte en el objetivo de las investigaciones de Roberto Bartalini, quien nos ofrece un acercamiento riguroso a una de las pinturas perdidas y, por tanto, más desconocidas del genial Simone Martini. Ahora la podemos redescubrir en todas las vertientes, y recuperarla en cierta medida, gracias a la minuciosa revisión de las fuentes con que el autor ilumina el estudio de una pintura mural más que notable, desaparecida durante el terremoto que afectó a la ciudad toscana en 1798. Acto seguido Elena Muñoz nos propone una revisión del retablo mayor de la catedral de Zamora a partir de las referencias aportadas por Jerónimo Münzer en 1495. Explorar la obra del taller de Fernando Gallego e interrogar las fuentes, más allá de algún apriorismo o fijación que se desea superar, nos ayudan a entender la complejidad de un conjunto desplazado de gran envergadura que habría sido realizado poco antes del paso de Münzer por Zamora. A continuación, el inagotable mundo del libro iluminado de la época bajo medieval contextualiza las miniaturas que Josefina Planas analiza en su artículo. Este artículo establece el nexo entre unas atractivas ilustraciones, correspondientes a de cuatro folios dispersados que se reconocen como parte de un *Libro de Horas* realizado en Valencia. Al mismo tiempo, la autora relaciona estos trabajos con el pintor y miniaturista Pedro Juan Ballester, quien habría sido ilustrador de un *Dominical* y otras obras conservadas en el archivo de la catedral valenciana y en Toledo.

De la etapa medieval nos trasladamos directamente al mundo contemporáneo y, aún más concretamente, a una serie de cuatro trabajos que, referidos todos ellos a creaciones del siglo XX, deben descubrirnos manifestaciones artísticas tan opuestas como las que nos llevan hacia la obra escultórica

de Frederic Marès y al mundo de la *performance* que representa Jordi Benito. Montserrat Torras recobra y estudia diferentes aspectos de un proyecto ejecutado en 1930, el Monumento a Francesc Soler i Rovirosa, que Marès realizó para un lugar emblemático de la Gran Vía barcelonesa, con el beneplácito de una parte de aquella sociedad que sufragó su coste por suscripción popular. Víctor Ramírez Tur reclama atención, a su vez, sobre las acciones rituales de Jordi Benito en la Fundación Miró, con la intención de subrayar los contenidos políticos de una acción mítica en nuestro contexto, que tuvo lugar el 13 de junio de 1979 y que el autor vincula a la persistencia de la violencia en el inestable contexto de transición a la democracia española. Acto seguido, Antonio Gonzalo Carbó nos introduce en una investigación sobre el «blanco inaudible» que construye a partir de las obras de destacados creadores. Pertenecientes a diferentes ámbitos, todos ellos coinciden en apreciar el blanco como forma de silencio, como algo que ha perdido contenido sonoro y que, por lo tanto, se puede ver o sentir bascular entre el pensamiento visual y el musical, sin menospreciar su plano filosófico.

Para cerrar el recorrido Jaume Radigales decide trasladarnos de la literatura al cine, a través de la creación plural e inagotable de Pier Paolo Pasolini. Sus *Appunti per un'Orestiade africana* que debían ser la base de un proyecto cinematográfico que tomaba como referente la tragedia de Esquilo, pero que no se llegó a realizar, son el centro de atención de Radigales, que interpreta el género escogido como hecho singular y nos sitúa en 1970, al inicio de una década convulsa, en que muere el polifacético escritor y director de cine.

Siete artículos en los que el papel de las citas nos puede hacer reflexionar de la mano de investigaciones que revelan aptitudes, intereses, aportaciones, interpretaciones o valoraciones susceptibles de interesarnos y de hacernos pensar, y al mismo tiempo nos sitúan y describen diferentes sistemas de entender un universo de estudios capaz de evolucionar y proyectarse con el fin de propulsar ideas y brindarnos aún nuevos recursos.

Dra. Rosa Alcoy
Universitat de Barcelona
rosaalcoy@ub.edu
[https://orcid.org/
0000-0002-8534-2629](https://orcid.org/0000-0002-8534-2629)

Aquest article ha estat publicat originalment a **Matèria. Revista internacional d'Art** (ISSN en línia: 2385-3387)

Este artículo ha sido publicado originalmente en **Matèria. Revista internacional d'Art** (ISSN en línea: 2385-3387)

This article was originally published in **Matèria. Revista internacional d'Art** (Online ISSN: 2385-3387)

MATÈRIA

Revista internacional d'Art

Els autors conserven els drets d'autoria i atorguen a la revista el dret de primera publicació de l'obra.

Els textos es difondran amb la llicència de Reconeixement-NoComercial-SenseObraDerivada de Creative Commons, la qual permet compartir l'obra amb tercers, sempre que en reconeixin l'autoria, la publicació inicial en aquesta revista i les condicions de la llicència: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.ca>

Los autores conservan los derechos de autoría y otorgan a la revista el derecho de primera publicación de la obra.

Los textos se difundirán con la licencia de Atribución-NoComercial-SinDerivadas de Creative Commons que permite compartir la obra con terceros, siempre que éstos reconozcan su autoría, su publicación inicial en esta revista y las condiciones de la licencia: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

The authors retain copyright and grant the journal the right of first publication.

The texts will be published under a Creative Commons Attribution-Non-Commercial-NoDerivatives License that allows others to share the work, provided they include an acknowledgement of the work's authorship, its initial publication in this journal and the terms of the license: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.en>

